



Hugo Rodríguez-Alcalá



El sueño del general en jefe

*«Las victorias suelen tener muchos padres;
las derrotas son huérfanas».*

Hay varias versiones, doctor; ninguna exacta. Usted, que además de viejo amigo es mi médico, va a conocer la verdadera. Todo el mundo sabe que la Batalla Máxima se fue desarrollando en bien calculadas etapas; que fue culminación de una ofensiva estratégica íntimamente coordinada con una ofensiva táctica; que cada una de estas etapas nos conducía inexorablemente más cerca de la meta del plan operativo. Algunos mandos subordinados, previsiblemente, se atribuyeron la concepción de ese plan; otros, la ejecución original, espontánea, de la maniobra decisiva; pocos admitieron lo obvio: que un solo hombre, el único que por su posición podía ver en su lugar estratégico todas y cada una de las piezas sobre el tablero, era el genuino autor del plan. Mucho antes de la victoria, este hombre había descrito la Batalla como una operación infalible; aludiendo a Clausewitz, había anticipado el éxito definitivo, el verdadero éxito, como una suma de éxitos. Esta victoria sería, pues, el precipitado de una serie de victorias menores. Yo fui ese hombre; ningún otro podía serlo.

Si nuestro contendor no hubiese tenido un plan que le pareciera seguro; un plan cuya ejecución le absorbía hasta el punto de volverlo ciego frente a nuestras intenciones, hubiera adivinado el peligro un mes antes del desastre. [204]

El enemigo se proponía el copo de nuestras divisiones atrincheradas en el sureste, en un vasto sector boscoso. Nosotros hacíamos lo posible para fingir la candidez de una víctima ingenua. Cada día inventábamos alguna nueva estratagema que despistara más y más a nuestro presunto victimario; hasta se dio el caso de soldados nuestros que se hicieron tomar prisioneros para dar informes falsos. Yo veía tan claro el juego del enemigo como si tuviera sus cartas en la mano. Logré convencer a su Comando de que nuestro interés estratégico estaba muy lejos de la zona en que se iba a cerrar nuestra tenaza.

Al terminar la undécima semana de continuo maniobrar, de éxitos parciales que iban ya perfilando la Batalla, nuestra ala derecha ya estaba totalmente fortalecida para la operación final de envolvimiento. Ordené que dos Divisiones de reserva se escalonaran disimuladamente en los tupidos bosques, detrás de dicha ala. Había llegado por fin el Día.

Entonces, a las seis en punto de la mañana de aquel primer domingo de otoño, llamé por teléfono al Estratega que usted bien conoce. Le dije: Todo está listo. Ataque.

Yo sabía que este señor criticaba acerbamente mi Comando. Enterado de que yo había definido la batalla en gestación como operación infalible o, para citar mis propias palabras, como operación matemática, el Estratega repetía la famosa frase de Antoine Henri Jomini: La guerra, lejos de ser una ciencia exacta es un drama terrible y apasionado; yo sabía éstas y otras indiscreciones próximas a la insubordinación; yo fingía ignorarlo todo; yo lo trataba con urbanidad y respeto. Sus excusas para aplazar unos días el golpe, no me convencían. [205]

La acción, argüía la voz que llegaba solemne a través de los bosques por el hilo telefónico, no debía desencadenarse todavía. Yo insistí; aseguré que el éxito estaba debidamente calculado; que la operación no podía fallar; que tuviera él fe en los aguerridos veteranos que comandaba. Hablé con suavidad y lentitud; le dije: Nuestro Servicio de Inteligencia nos informa día tras día sobre la creciente desmoralización del enemigo. Entonces él, ex becario en Francia, graduado de la *École Supérieure de Guerre*, optó por apoyar su argumento nada menos que en Napoleón: *On ne manoeuvre qu'au point fixe* -dijo con fatuidad que no pudo disimular.

-Precisamente ahora ha llegado el momento de la maniobra decisiva -contesté- el grueso de sus fuerzas se halla ya en un punto fijo; ha sido empujado hasta ese punto.

Al día siguiente muy temprano, el jefe de Estado Mayor, por orden mía, exigió un parte minucioso. El Estratega volvió a argüir que era prematuro desencadenar la acción; que él daría inmediato aviso al Comando en Jefe apenas se hiciese oportuna la maniobra. Entre tanto los comandantes de División se impacientaban; intuían que había llegado la hora de cerrar la tenaza; ignoraban el porqué de la dilación. Mejor dicho: ignoraban su verdadero motivo.

El miércoles 12, al mediodía, el Estado Mayor volvió a telefonar y a exigir un informe detallado. En la tarde de ese mismo día recibí en mi Cuartel General una extensa carta manuscrita del Estratega. La carta, de seis pliegos, abundaba en citas de Clausewitz, Jomini, von der Goltz, Hamley, Foch, Maude; traía eruditas consideraciones sobre batallas de Aníbal -Tesino, Trebia, Trasimeno, Cannas-; el movimiento de Marlborough

antes de la batalla de Blenheim; elogiaba a Napoleón en sus campañas más famosas, sin olvidar la de Waterloo; comentaba las ofensivas de Allenby en [206] Palestina y de Franchet d'Espérey en los Balcanes. Hombre tan alto y fornido como el Estratega, ejerce sin embargo una escritura de caracteres apenas legibles por lo pequeños. De modo que los seis pliegos equivalían a doce.

-Los ingenuos -decía un párrafo subrayado- se dejan deslumbrar por la Estrategia; creen que la Estrategia es privativa de los «virtuosos»; al paso que la Táctica es para meros «artesanos». En rigor, por Estrategia debe entenderse el arte de la guerra; por Táctica, el arte de combatir. En algunos contextos, Estrategia es lo que se verifica en gran escala; Táctica, en escala menor.

Estas y otras definiciones y precisiones me dejaron caviloso. Sospeché que, al redactar su carta, el Estratega transcribía párrafos de un libro que hacía años tenía en preparación. Porque lo curioso es que las batallas evocadas y comentadas poco o nada tenían que ver con la que estábamos librando. La única operación que hubiera venido al caso -aunque un año después- era la toma de Beersheba por Allenby. Unos pozos de agua tan indispensables para Allenby en 1917 como para mí varios lustros después, me inspiraron un plan semejante al del General inglés. Al trazar mi plan, yo iba a pensar en la tercera batalla de Gaza, en los pozos de Beersheba, en la gran suerte del vizconde (futuro entonces) de Megiddo y Felixstowe.

La carta, salvo algunos pormenores algo ridículos y a conceptos de una acaso indomeñable pedantería, estaba bien escrita. Exhibía el considerable saber teórico del Estratega; revelaba, más que nada, con claridad meridiana, su temor a la responsabilidad. Hombre de gabinete, buen organizador, este señor nunca ha servido para mandar, para ejecutar una maniobra de gran envergadura. Ansioso de justificar sus dilaciones, su perplejidad, su indecisión, apelaba [207] a la erudición, a la autoridad de teóricos célebres; inseguro, postulaba la *sureté* preconizada ejemplarmente por Foch. Habiendo sido presentado a Foch durante unos simulacros, veneraba su memoria y sus libros. Sus demasiado frecuentes monólogos militares, saqueaban los *Principes de la guerre* y la *Conduite de la guerre* para deslumbrar a sus oyentes con citas de frases lapidarias: «La ofensiva es la ley de la guerra» o «No hay resultado sin una causa; si queréis un efecto, producid una causa» etc.

Había yo decidido aplazar por dos días la maniobra y durante ese tiempo establecer una cobertura aún más sólida en el sector sureste. Pero llegaban ahora hasta el Cuartel General algunas insinuaciones, luego unas críticas más o menos veladas y por fin inequívocas quejas contra el Estratega. Los mandos subordinados perdían fe en su jefe. La impaciencia de los comandantes de División llegaba a un momento crítico.

Esa noche tuve un sueño extraño. Me soñé en el claro circular de un altísimo bosque. Un persistente cañoneo se oía desde el oeste. Creo que era de noche; pero el claro comenzó a iluminarse desde muchos ángulos, de entre los troncos de árboles colosales. Y entonces vi unas treinta figuras cuadradas militarmente. Eran jefes y oficiales del Ala Derecha; todos tenían la mano en la visera haciendo la venia. Al frente del grupo se erguía el jefe más viejo y de mayor prestancia.

-Mi General: -dijo- en nombre de los comandos subordinados y en el mío propio, me permito rogarle que asuma usted el mando directo de nuestro Cuerpo de Ejército.

La luz se hacía cada vez más clara y yo podía reconocer ahora a cada uno de los oficiales, aunque a algunos, el saludo militar les [208] ocultaba la mitad del rostro dejando la otra en la penumbra. En el sueño, el viejo Comandante de la Sexta División de Infantería parecía aún más viejo. Sus largos bigotes grises, su barba ya casi blanca, le daban un aspecto venerable. Yo iba a contestar cuando todos, a un tiempo, dijeron en voz alta y sonora que produjo una resonancia de muchos, de muchísimos ecos en el bosque:

-Mi General: asuma usted el mando directo...

...General... mando directo... General... repitieron los ecos en torno al claro, lejos y cerca, hasta llenar todo el bosque con un clamor cuya intensidad aumentaba. Por fin se hizo un silencio. Pero enseguida la voz del jefe divisionario decía gravemente:

-Esta batalla, mi general, que usted ha dirigido en forma tan brillante, ha llegado a su etapa final. Usted lo sabe mejor que nadie; sabe también por qué no ha tenido ya su desenlace. Falta el último golpe. Délo usted, mi General, mañana.

Y en ese momento, cuando el viejo militar dijo mañana, tomé yo la decisión. Recuerdo muy bien ese instante del sueño en que me resolví a actuar sin dilación; yo creía estar despierto; me sentía en la más lúcida vigilia, no en la irrealidad del sueño; aceptaba aquel lujoso bosque como el bosque real próximo a la batalla; aceptaba las raras luces del sueño como normales y corrientes.

-Pierda usted cuidado -respondí. Ya he decidido reorganizar los comandos; yo asumiré el mando del Cuerpo, y usted, directamente bajo mis órdenes, ejecutará la maniobra; la destrucción del enemigo no llevará diez días. Señores: regresen a sus Puestos de Comando. Mañana habrá mucho que hacer. Buenas noches. [209]

Al despertar, advertí que estaba amaneciendo.

Personal, no sólo profesionalmente, la situación era muy desagradable para mí. El Estratega, hombre sin vicios, austero y marcial, tenía buena foja de servicios. Hacía años que, muchos civiles y militares, nos consideraban rivales. No falta quien diga que en Francia fue un favorito de Foch. Esto no es cierto; a mí Foch nunca me dijo nada de él; cuando una vez le mencioné su nombre, el Mariscal no lo recordaba. -No recuerdo haberlo conocido nunca; -me aseguré- al principio creí que usted se refería a un escritor europeo, no a un militar de su país.

Pero volvamos a los últimos días de la gran batalla. Meses atrás yo había advertido la lucha interior del Estratega; fue cuando llegó al teatro de operaciones para ponerse a mis órdenes. Se me sometió como cumpliendo el más penoso deber; intuí que su sometimiento, según él lo sufría, era el del superior auténtico al superior meramente jerárquico. Adiviné por otra parte, que juzgaba mi actual jerarquía como el resultado fortuito de circunstancias felices. Él debería ejercer el Comando en Jefe; él debería llevar sobre sus hombros las estrellas de mi rango.

El día de nuestro primer encuentro en el Frente, recordé la frase de uno de mis profesores franceses. Fue en París, hacia 1925. -Su compatriota -me había confiado con aire de misterio- nunca será buen general; jamás se logrará en él la combinación de la sabia teoría y el carácter.

Usted doctor, que es oficial de Sanidad, no de Guerra, jamás habrá oído hablar de este notable militar francés, autor de un libro -excelente: se llama Charles de Gaulle. [210]

Apenas clareó del todo, llamé por teléfono al vacilante y le anuncié que esa misma mañana llegaría a su P. C. Me preguntó con tono ambiguo qué me había parecido su carta: En ella he hecho un gran esfuerzo para explicar mis razones -dijo.

El P.C. era un rancho limpio, con piso de tierra apisonada bien barrido. El Jefe volvería en seguida de una inspección, me dijeron. Sobre una mesa rústica pero amplia y sólida, había una lámpara *Petromax*, un busto de Foch y, a uno y otro lado, libros favoritos del ausente. Un mapa militar colgaba de la pared izquierda. Sobre una repisa vi fotografías. Me acerqué para observarlas. En una, el Estratega, en uniforme de gala francés, aparecía junto a un oficial, también en uniforme de gala. Este oficial, seguramente francés, de mi estatura más o menos, parecía como empequeñecido junto a la alta y fornida figura del Estratega. Otra fotografía, mucho más grande, mostraba a nuestro personaje ahora en uniforme de gala nacional, con charreteras relucientes, cruces y medallas. Una tercera fotografía evocaba un desfile militar: a caballo, con entorchados dorados, la espada desnuda en la mano derecha, el Estratega saludaba pasando frente al palco presidencial. En un rincón del rancho, sobre una silla de campaña, vi brillar una espada de vaina niquelada y empuñadura con adornos labrados, sin duda alguna, en oro.

-¡Qué cosa más anacrónica -pensé- traer aquí una espada en la edad de la ametralladora y el tanque! ¡Y tantas fotos en uniforme de gala! El Estratega hubiera querido venir al Frente, vistiendo un uniforme de Mariscal del Imperio como el de Joachim Murat, y como éste montado en poderoso caballo, con una piel de tigre sobre la montura. (Hay un cuadro de Gros o de Gérard, no recuerdo bien, en que se ve un Murat, terrible, a caballo: un verdadero dios de la guerra sobre la famosa piel de tigre). [211]

-Mi general, ¿Quiere mate cocido o café? -preguntó un ayudante. Yo ordené que me dejaran solo.

El cierre de la tapa de mi pistolera consistía en una lengüeta de cuero que, metida bajo un fierrito asido duramente a la funda misma de la pistola, mantenía a ésta bien protegida. Yo, por si acaso, saqué la lengüeta de donde estaba y la dejé suelta. Ya antes de mi rápido viaje, había examinado el arma. Tenía su carga completa, con un cartucho en la recámara. Estaba decidido a disparar sobre aquel señor si se mostraba rebelde, si se insolentaba.

Pasaron varios minutos que aproveché para examinar el mapa y mover imaginariamente, una vez más, sobre el vasto sector, las unidades de la maniobra final.

La puerta del rancho se oscureció de pronto; una figura alta y fornida se dibujó contra la claridad de la mañana. Era él: el ceño fruncido, los ojos como ascuas verdes bajo las cejas frondosas. En la mano izquierda tenía un garrote. El Estratega era zurdo.

-Usted está enfermo -le manifesté sin rodeos cuando su mano derecha apenas llegaba a la visera en un saludo que más pareció agresivo que ceremonioso. Usted necesita ser evacuado inmediatamente. Ahora yo asumo el mando directo del Cuerpo.

Se le demudó el rostro de ordinario pálido, serio y duro. Lívido, abiertos los ojos desmesuradamente, contraída la boca en furioso rictus, el hombre ya insinuaba un paso hacia adelante.

Tal debió de ser la mirada que recibió de mí, tal la determinación concentrada en ella durante el silencio abrupto que siguió a mis [212] palabras y a su insinuado ademán, que el hombre pareció como detenido en seco por una espada cuya punta le punzara, firme y aguda, en la garganta.

Hizo otra vez la venia, con los ojos entrecerrados ahora, y se fue.

Ese mismo día se desencadenó la acción. Las condiciones tácticas y logísticas eran, como yo afirmaba, inmejorables. Una semana después el enemigo capituló con armas y bagajes.

△▽

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo